cuadrumanos con el hombre, el famoso autor de *La Descendencia* convoca, á la manera de Huxley, á toda la cuadrilla de aquéllos y, pasándolos revista, ve «las lágrimas y las risas de unos, el exterior de las orejas de los otros, las cejas de éste y las barbas de aquél; la nariz aguileña del *Hylobates*, la abundante cabellera, y aun la *raya*, del *Macacus radiatus;* en el brazo y antebrazo del chimpancé y del gorila, el pelo convergente en el codo; los parásitos y las enfermedades, las emociones, los gustos y movimientos iguales á los del hombre». Después de haber oído hablar menos desacordadamente á Huxley, Darwin nos parece mucho más pequeño de lo que nos habíamos figurado; porque las «semejanzas» que alega son verdaderamente nimias é infundadas. Nimias, por lo que tienen de superficiales y ridículas; y, si no se tomasen en serio, no las estampáramos aquí; infundadas, porque en la Patología experimental y zoológica se sabe muy poco de esas «enfermedades comunes». Si es cosa notoria que en algunos grupos de animales superiores existen enfermedades que son comunes al hombre, el número de ellas es escasísimo y no autoriza á ningún zoólogo para establecer una ley. Cuando se haga el estudio comparativo de esas enfermedades, probabilísimamente resultará lo contrario de lo que quieren los darwinistas. Si en la especie humana hay razas que son casi del todo refractarias á las fiebres palúdicas, y en cambio tienen gran predisposición para adquirir la tuberculosis (razas negras), y hay otras muy

propensas á las oftalmías (razas amarillas), ¿quién puede asegurar, en nombre de la ciencia, que no existen esas particularidades entre el hombre y los antropoídeos?

No necesitamos repetir el razonamiento contra la teoría de Huxley para demostrar palmariamente que, aunque fuesen ciertas las «semejanzas» de que nos habla Darwin, la consecuencia es ilógica. Porque, aun admitiendo todos esos caracteres comunes al hombre y á los antropomorfos, falta la prueba de la «idéntica descendencia ó el común origen» de éstos y de aquél. Mas, de las «semejanzas», unas son tan remotas, que es irreverente la comparación; otras no tienen fundamento en la realidad, y conviene recusarlas en nombre de «las ciencias positivas». Lo que se sabe de cierto, y procuran ocultar los partidarios de la «descendencia», redúcese á los hechos siguientes: en el dorso del organismo humano hay carencia absoluta ó muy poca cantidad de pelo; en el de los antropoídeos se desarrolla con más fuerza y abundancia que en ninguna otra región corporal. El corte transversal y microscópico del pelo presenta propiedades muy diferentes en el hombre y en los antropomorfos. Los hombres cuyo tejido piloso tiene algún punto de analogía con el de los últimos, son los chinos. La prolongación del coccis, á que llaman «cola» los darwinistas, es más frecuente en los europeos que en ninguna otra raza. Si los europeos y los chinos son razas superiores á los negros, los partidarios de la descendencia, para

quienes la raza negra es la inferior de la especie humana y la más inmediata á los cuadrumanos, vean de conciliar datos semejantes.

Por razones tan fútiles hace Darwin la siguiente reflexión, cuya primera parte convenía que la estereotipasen en su memoria los darwinistas exagerados: «atendiendo á ciertas diferencias importantes de determinados puntos de estructura, no hay duda de que el hombre reclama para sí solo un sub-orden; posición, en verdad, muy baja, si nos fijamos en sus facultades mentales. Pero *graves razones* nos inclinan á tener por más acertado fijar grandemente la atención en muchos parecidos, por insignificantes que sean.» Estas *graves razones* están indicadas un poco más arriba (1): «bajo el punto de vista genealógico, no debe formar el hombre más que una familia, y aun quizá una sub-familia... El hombre es una rama del árbol simiano del antiguo continente, del grupo catarrinino... y aunque ha experimentado un conjunto de modificaciones mucho mayor que cualquier otro de los monos, como el gran desarrollo del cerebro y su posición vertical, estas diferencias son una de tantas como presentan los *Primates*.»

Jorge Mivart participa de esa opinión, con restricciones poco valientes y muy inoportunas. El prudente lector no necesita ayuda para colocar los puntos sobre las íes á las cláusulas de

(1) Obra citada, pág. 186.

Darwin, y deliberar en este punto en presencia de las razones aducidas. Nosotros creemos en la sinceridad del *Origen de las especies*, pero nunca en la honradez y lealtad científicas de *La descendencia del hombre*.